

creo que aunque son bagatelas, pueden pasar, porque no dejan de tener alguna elegancia. Será preciso ponerles un prefacio corto, y pienso publicarlos en el próximo Noviembre en un pequeño volumen. Siento que, precisamente ahora, no pueden servirle á usted; sin embargo, encontraré fácilmente un asunto que elegir para darle é usted algún artículo. La vida de Romilly es un poco añeja y la de lord Cornwallis no es un asunto muy atractivo. Clive y Hartings fueron grandes hombres, y su Historia está llena de acontecimientos notables. Cornwallis, por el contrario, fué un modelo de medianías. Sus luchas no fueron muy brillantes, y las reformas en Hacienda, que constituyeron sus principales medidas, son insuficientes para interesar á los lectores ingleses en cuestiones financieras de la India.

Estoy un poco preocupado por el descuido con que ha sido hecha la revista sobre Duelling. En la parte histórica tiene tantos errores como aserciones. Véase la página 438. Ossey jamás desafió á Clarendon. El par á quien él desafió con motivo del bill del ganado irlandés, fué Buckingham y la provocación partió de éste, para quien cualquiera que se opusiese al bill, tenía algún interés irlandés ó alguna inteligencia en Irlanda, y fué Clarendon mismo quien contó toda la historia. Entonces, como cuando la riña con el librecambista lord Dorchester en el vestíbulo, la disputa no tuvo lugar en este sitio, sino en la Cámara pintada; ni se relacionaba con la libertad de comercio, sino que fué en una conferencia en que todos los lores estuvieron de una parte, á consecuencia, realmente, de una disputa antigua, siendo la causa inmediata un empujón accidental por el asiento. Algunas líneas más abajo dice que lady Shrewsbury dispó todo el esta-

do de su hijo, lo cual ciertamente no es verdad, porque tan pronto como el muchacho llegó á la edad oportuna, recibió 40.000 libras por hipoteca de sus bienes, que, según la tasa de los intereses anteriores, no habría obtenido esta cantidad si no poseyera un buen estado. En la página siguiente dice que Mohun asesinaría más bien que mataría al duque de Hamilton, un gran desatino. Los que creen que el duque murió asesinado atribuyen el hecho no á Mohun, sino á su segundo, Macartney. La guerra entre los dos personajes se admite por todos que fué suave. Ni reprendió Steele á Thornhill por matar á Dering, sino que, por el contrario, hizo cuanto pudo por colocar la conducta de Thornhill en la situación más clara y amistosa, haciendo vencer la censura universal de aquel acto sobre las malas costumbres de sociedad. Y no doy á conocer á usted más que algunos de los errores que en punto á hechos hay allí en corto espacio, porque yo he leído sólo dos páginas del artículo, y si es todo como lo que he visto es verdaderamente prodigioso.

Permítame rogar á usted que no mencione siquiera el pequeño esquema literario que le he confiado. Sentiría que fuese conocido antes que llegue el tiempo de su publicación.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 20 de Julio de 1842.

Querido Napier: Yo no hago por engañar á usted, y realmente trataré de enviar á usted alguna cosa, si consigo hallar algún asunto que me convenga. Mis objeciones para tomar la vida de Romilly son nume-

rosas. Una de ellas es que no le conocí y jamás le oí hablar sino algunos minutos cuando era yo un niño. Cualquiera que hace la descripción de una persona á quien no conoció, y que fué conocida de cientos de otras que todavía viven, está casi seguro de cometer errores, y si en absoluto no los comete, su retrato no resultará bien para aquellos que conocieron el original. Lo mismo ocurre si se trata de hacer un busto por una descripción; el mejor escultor disgusta con su obra á aquellos que conocieron la fisonomía del retratado. Yo experimento este mismo temor con respecto á lord Holland y no otra cosa que las súplicas de lady Holland han sido necesarias para vencer mi repugnancia á decir algo de sus discursos parlamentarios que yo no he oído jamás, y sin embargo, le he tratado con familiaridad en la vida privada. Pero yo no he visto á Romilly, excepto una vez en la Cámara de los Comunes.

Me parece que usted no se ha enterado por completo de mi plan acerca de las antiguas canciones romanas; pero la explicación la tendrá usted pronto. Deseo con toda mi alma tener concluido un volumen de mi historia; tengo escrito la mitad de uno y creo que aun no he hecho más que desbrozar el asunto.

He oído que Dickens se propone publicar un libro más enérgico contra los yanquis. Estoy por decir que todos los Fearons, Trollopes, Marmgats y Martineaus juntos no le han ofendido tanto como él les ataca. Puede ser este un asunto más serio que la destrucción del *Carolina* ó el motín de los criollos (1).

Siempre vuestro,

T. B. MACAULAY.

(1) El *Carolina* fué un navío de vapor que se empleaba en llevar armas y provisiones á los insurrectos del Canadá. Una

En una carta subsiguiente, decía Macaulay: «Deseo que el libro de Dickens llegue á mi poder. Jamás he escrito una palabra sobre aquel asunto y tengo acerca de él muchas cosas en mi cabeza. Por de contado, siendo perfectamente cortés con Dickens, á quien conozco y á quien considero á la vez como hombre de genio y de muy buen corazón, á despecho de algunas faltas de gusto.»

Mr. Napier deseaba con ansia que los ocios forzados de los jefes whigs se emplearan en algo, y consiguió al fin su artículo para el número de Octubre de su *Revista del Ministerio de Negocios Extranjeros de la última Administración*. En Agosto de 1842, escribía Macaulay: «He tenido una corta conversación con Palmerston antes de que abandonase á Londres, á propósito de la *Revista de Edimburgo*. Le dije que era completamente necesario que se interesara por ella algún hombre público de alta reputación y distinguido como él, á quien yo jamás aconsejaría que escribiese. teniendo en cuenta á la vez dos cosas una: el interés de la Revista, y otra el suyo propio; pero que él no estaba en peligro de perder por sus escritos alguna parte del crédito que ha adquirido por su palabra y por su acción. Y yo era completamente sincero en esto, porque Palmerston escribe muy bien. Lord Palmerston, después escribió á Macaulay una carta prometiéndole pensar un poco más sobre esto, é indicando, en su agradable y suelto estilo, las dificultades que le hacían dudar de acceder á la proposición. «Si uno tiene al-

partida de leales se apoderó del vapor y lo envió á saltar por las cataratas del Niágara. El conflicto de los criollos se promovió con ocasión del motín de un cargamento de esclavos en Virginia, que en una hora de lucidez recapacitaron que eran cosa algo mejor que un cargamento de ganado.

gunos golpes buenos que dar acerca del estado actual de los negocios extranjeros, debe intentar reservarlos para la Cámara de los Comunes; mientras fué en punto á hacer justicia al gobierno británico, acaso fuera necesario decir algunas cosas acerca de ciertos gobiernos extranjeros que no pudiera convenir del todo que fuese dicha, y por tanto, conviene pensar sobre ello despacio y de nuevo. Quizá diga usted que la última consideración necesita no quitar libertad á la pluma de algunos de nosotros, según las apariencias presentes.»

Albany, 29 de Septiembre 1842.

Querido Ellis: Muchas gracias por los pliegos. Estoy muy agradecido á Adolfo por los cuidados que se ha tomado. Algunas de sus críticas son completamente justas. Admito que el verso «lleva á Lucrecia á la ignominia» es muy malo, y peor por repetirse tantas veces (1). Intentaré mejorarlo. Admito también que la enumeración de los robos en el último poema, es como el dice, demasiado larga, veré que podemos hacer con esto. Pero en cambio no está él en lo cierto pienso yo, en lo que dice acerca del verso «el verdadero litigante sonríe.» Este verso no está exactamente en el estilo de nuestras antiguas baladas, pero acaso fuera peligroso construirle según ellas, en todas esas partes, á causa de los poemas satíricos que se suponen producidos en una gran disputa que hubo entre dos partidos, apiñados dentro de las murallas

(1) Es evidente según esta carta que el verso
«Que condujo á Lucrecia á la vergüenza»
era primitivamente
«Que labró la acción de ignominia»

de una ciudad republicana. En una canción inglesa antigua acaso no sorprenda encontrar descrito un usurero como teniendo «exactamente el gesto de un judío.»

Quedo todavía más agradecido á Adolfo de lo que puedo expresar por su interés en estas bagatelas. En cuanto á usted, no necesito decir nada. Pero suplicar es fácil, y yo soy así, y lo seré siempre. Cada libro obtiene el éxito que merece, y yo jamás doy ni quiero, directa ó indirectamente, dar ningún paso con el propósito de obtener alabanzas ó eludir censuras. Longman vino á preguntar qué deseaba yo hacer antes que apreciase el volumen. Le dije que no había pensado nada, pero que no quería alabanza de ninguna clase. He dicho á Napier que le suplico, como un favor personal, que mi nombre y escritos no sean mencionados jamás en la revista de Edimburgo. Quiero dejar este volumen como el avestruz deja los huevos en la arena.

T. B. MACAULAY.

Albany, 19 de Octubre 1842.

Querido Napier: Esta mañana he recibo el libro de Dickens y le estoy leyendo. Me es imposible hacer una revista de él; ni yo creo que usted pueda querer que yo haga tal cosa. No puedo alabarle, y, sin embargo, tampoco puedo atacarle. No puedo alabarle porque contiene diálogos y descripciones poco animadas, y en este respecto me parece malo todo él. Está escrito de un modo semejante á las partes peores de *El reloj de Humphry*. Lo que quiere ser fácil y vivo, es vulgar y petulante; lo que tiene intención de ser fino, es en una gran parte para mí demasiado fino, como la descrip-

ción de las Cataratas del Niágara. Cualquier lector que necesite una descripción entretenida de los Estados Unidos, hará mejor en acudir á Mr. Trollope, á pesar de su envidia y grosería; y el que necesite informes acerca de la política, costumbres y literatura americanas, consultará con más provecho á Buckingham, á pesar de ser una criatura tan desdichada. En resumen, me parece que el libro, no obstante algunos destellos de genio, es á la vez frívolo y tonto.

Por todo esto yo no puedo alabarle, ni tampoco puedo censurarle; primero, á causa de mi gran amistad con Dickens; segundo, porque es un hombre muy bueno y de gran talento; tercero, porque detesta toda clase de esclavitud tan sinceramente como la detesto yo, y cuarto, porque deseo verle alistado en nuestro cuerpo azul y amarillo, donde puede hacer excelentes servicios como escaramuzeador y de mucho alcance en sus tiros.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Mi pequeño volumen estará listo, según yo creo, en el curso de esta semana. Todo lo dejo á Longman, excepto haber tratado con él de un modo formal, que no he de ser alabado.

Las velas del pequeño barquichuelo pueden henchirse con una pequeña brisa. Lanzado este libro al mundo literario, sin ruido alguno de trompetas, marchó con valentía bajo el impulso del viento del favor popular. Entre los primeros á discernir su mérito se cuenta el antiguo adversario de Macaulay, el profesor Wilson de Edimburgo, que le saludó en el *Magazine* de Blackwood con un cordial canto de triunfo, en un

panegírico incapaz, escrito como un sainete en el que el veterano gladiador de la prensa encontraba una oportunidad para despreciar, por comparación con Macaulay, los escritores diversos reinantes en el día.

«¡Qué! ¿Poesías de Macaulay? Sí; ¿y por qué no? ¡La Cámara permanecerá muda para oírle, aun cuando Stanley sea el que grite! Si él no es el primero de los críticos (perdonad nuestra vergüenza), ¿quién lo es? Mencionar á nuestros jóvenes poetas capaces de haber escrito *La Armada*. Los poetas jóvenes necesitan todo fuego; Macaulay está lleno de fuego. Los poetas jóvenes son con frecuencia débiles; él es fuerte. Los poetas jóvenes son ignorantes; sus conocimientos son grandes. Los poetas jóvenes apenas conocen los libros; él los devora. Los poetas jóvenes juguetean con su asunto; él lo desarrolla con vigor. Los poetas jóvenes se constituyen en sus propios héroes; él ve los héroes que celebra. Los poetas jóvenes tejen sueños con sombras transitorias como nubes sin existencia; él construye realidades permanentes como las rocas. Los poetas jóvenes roban todos y de todos y niegan los hurtos; él roba á la luz del día. ¿A quién? ¡A Homero! Una vez y otra en el curso de su artículo, Cristóbal North se entrega á exclamaciones de alegre admiración, que venía reprimiendo con dificultad y más ó menos conscientemente desde el tiempo en que veinte años antes, semejante á una brillante mosca de Mayo, Macaulay penetró á través de las ventanas abiertas del *Quarterly Magazine*, de Kinght.» Cuenta á sus lectores que una canción de guerra no se desliza como otra, y añade como las diversas partes de su folleto sobre la ley de granos.

«Porque sir Walter viene recitando sus canciones favoritas casi todos los días desde hace cuarenta años

con el mismo fuego en sus ojos, que al fin se nublan, pero que desea alegrarse con Horacio como si hubiese sido un esforzado Douglas.

Ahora por nuestro señor Quirinus
 Dió un profundo suspiro
 Al ver treinta estandartes
 Limpios como en el tiempo de la victoria.

¡Esta es la marcha del asunto de aquella acción! Un estilo cortado sin vigor alguno. El estilo, cuando su sangre se inflama, es semejante á una vanguardia impaciente por la batalla.

La descripción de la muerte de Virginia es considerada por el revistero como siendo «el único paisaje en que Mr. Macaulay ha buscado el movimiento de la emoción patética. ¿Lo ha conseguido? Nosotros no dudamos decir que lo obtiene al menos sobre nuestro corazón. Este efecto ha sido trabajado con sencillez, dejando al curso de las grandes afecciones correr, obediente á los impulsos de un corazón sano y vigoroso». Ligerito como él es, este trocito de crítica muestra perspicacia genuina. Alusiones frecuentes que se encuentran en los diarios de Macaulay no dejan duda que en estos versos ha intentado describir sus sentimientos hacia su pequeña sobrina Margarita, ahora lady Holland, á quien entonces, como siempre, quiso profunda y tiernamente.

Haciendo cargos tan cordiales á un autor á quien en tiempos antiguos había criticado injustamente el profesor Wilson acreditó su sinceridad, pero la aprobación pública no ha necesitado apuntador entonces ni después. Mil ochocientos ejemplares de las *Canciones de la antigua Roma* se vendieron en diez años, cuatro mil en veinte, y en Junio de 1875 más de cien

mil habían pasado á manos de los lectores. Pero es trabajo vano medir por la estadística el éxito de poemas cada uno de cuyos versos es, y lo ha de ser durante mucho tiempo, demasiado gastado con las citas.

Albany; Londres, 16 de Noviembre 1842.

Querido Napier: A mi vuelta de una pequeña expedición encontré su carta sobre mi mesa. Me complace que le gusten mis *Canciones* y especialmente porque conozco que, á más de un buen deseo para mí, ha estado preocupado por su suerte. No cansaré á usted contándole mis temores; que no hubiera sentido hubiese permitido anunciar que una persona distinguida por su talento y conocimientos, á quien se conocía tan sólo como autor de trabajos en prosa, estaba próxima á publicar un volumen de poesías, comparables á las de Mackintosh, Dugald Stewart y aun de Burke, con lo que yo podría no temer la bancarrota, no obstante de hallar mi obra igual á las de los tres, y especialmente la del último, de tal modo me parecen mejores que la mía. Donde las gentes no buscan mérito, un poco de él que encuentren se abre mucho camino; y confieso que el éxito de mi pequeño libro no ha excedido su mérito. Sin embargo, no me daré gran prisa para repetir el experimento, y seré bastante prudente para no exponerme á una segunda prueba que pudiera hacerse en circunstancias menos favorables, porque ahora, pasado el entusiasmo, puede hacerse un examen de mis versos. Me gusta, por tanto, seguir la conducta de un tahur prudente, separándome mientras estoy ganando, y no gritar doble ó descarga.

En cuanto al pobre Leigh Hunt, le diré á usted que

no he oído nada de él; tengo una carta suya sobre mi mesa pidiéndome le envíe dinero y lamentando que mis versos tengan el verdadero aroma poético que se exhala de la *Reina Faery* de Spencer. Estoy muy complacido con él porque ha tenido el valor de decirme en una carta en que me pide dinero, lo poco que le gusta mi poesía. Si me hubiese alabado, conociendo como conozco sus creencias poéticas, hubiera tenido por cierto que sus alabanzas no eran sinceras.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres: 3 de Diciembre, 1842.

Querido Napier: Longman me aprieta seriamente para que consienta en hacer una reimpresión de algunas de mis revistas. El plan es aquel que usted conoce y yo he pensado, y que en virtud de una porción de consideraciones había desechado. Pero hay ahora circunstancias especiales. La edición americana está agotándose en la venta por mayor (1). Impedir la entrada en Inglaterra de los ejemplares americanos, valiéndose de medidas legales y no consentir que se publique allí una edición, sería odioso recurso y comparable á la conducta del dogo en el pesebre. En vista de esto me hallo muy inclinado á acceder á la proposición de Longman, y si la cosa se ha de hacer, cuanto más pronto mejor.

Estoy muy próximo á publicar una segunda edición

(1) En una carta subsiguiente escribe Macaulay: «La cuestión es ahora meramente ésta, si Longman y yo ó Carey y Hart de Filadelfia, tienen existencias suficientes para proveer al mercado inglés de estos libros. Los ejemplares americanos se han agotado por veintenas y se tomaron medidas para traerlos por cientos.»

de mis *Canciones romanas*, porque han tenido un gran éxito. Wilson á quien no he visto sino una vez á su mesa de usted ha procedido conmigo de un modo muy noble. No tengo costumbre de dar las gracias por las críticas favorables que hacen de mis obras, porque, como dice Johnson, en su *Vida de Lytleton*, tales gracias deben darse por la lisonja ó por la justicia. Pero cuando un gran enemigo político hace alabanzas calurosas de un trabajo que podía fácilmente despreciar con mofa astuta y recomendaciones frías; y por el contrario, si le parecía mejor, pasar en completo silencio, conviene decirle, me parece, que su cortesía y buenos sentimientos han sido justamente apreciados. Me creo por tanto realmente obligado á que usted cuando encuentre una oportunidad, pueda hacer conocer al profesor Wilson, que su conducta me ha afectado tanto cuanto una conducta generosa puede impresionar á un hombre también generoso.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Macaulay empleó las primeras semanas de 1843 en preparar la reimpresión de sus *Ensayos*. Encuentro después de pensarlo mucho rato—escribía á Longman el 25 de Enero—que el artículo sobre Bunyan, de la edición de Southey, debe ir en la colección; es el favorito de Disenter. Y añade: Pray omita toda mención de mi Prefacio. Este debe ser corto y sencillo, y no para anunciado de antemano, como trabajo importante y cuidadosamente hecho. El mundo no fué perezoso para dar al libro la bienvenida, y una vez dada, se precipitó sobre él, no obstante haber sido presentado tan de mala gana y sin ostentación alguna. Más de ciento